

dencia; le estrecha entre sus brazos, le oprime contra su seno, como atleta vigoroso, hasta que se oye el ruido de las costillas que se rompen y quiebran una tras otra, haciendo un ruido semejante á un pistoletazo; pero en este momento llega otro mastin, no menos bravo, pero con mas instinto. Coge al lord Bruin por el labio inferior, y se le queda colgado, miéntras este, perdiendo su sangre y redoblando sus aullidos, procura aunque en vano desasirse de su enemigo. Entónces....

— Yo le aseguro á vm., dijo la reina, por vida de tantos y cuantos, que he visto más de una vez el combate del oso, y espero volver á verle; pero hace vm. de él una descripción tan admirable, que, aunque jamas le hubiese visto, bastaria para que formase una idea completa. Pero veamos quien va á decirnos algo sobre este asunto. Leicester, ¿tiene vm. algo que añadir?

— ¿Me permite vuestra magestad, segun eso, que me quite la mordaza?

— Sin duda, á condicion que vm. no se fatigue. Sin embargo, cuando considero que se encuentran en las antiguas armas de la casa de vm. el oso y el palo, creo que seria mejor dar la palabra á otro órador menos parcial.

— En verdad, señora, que aunque mi her-

mano Ambrosio de Warwick y yo tenemos en nuestras armas la antigua divisa que os dignais recordar, no por eso dejamos de ser amigos de la imparcialidad. Diré, pues, en favor de los cómicos, que son juglares chistosos, que entretienen al pueblo con sus charrerías y bufonadas, y que le impiden mezclarse en los asuntos políticos, dar oídos á las noticias falsas, las insinuaciones desleales, los discursos pérfidos. Miéntras se ocupan en ver de que modo Marlow ó Shakespeare desenmarañan una intriga en el teatro, no piensan las gentes en examinar la conducta de los que los gobiernan.

— Pero no permita Dios que yo impida á mi pueblo examinar mi conducta, milord; pues cuanto mas de cerca la examine, mejor sabrá pesar las razones y motivos que me hayan impelido á tomar alguna resolucion.

— He oido decir, señora, dijo el decano de San Asaph, puritano de siete suelas, que no solamente esos cómicos usan en sus dramas espresiones profanas y escandalosas, inducen á engendrar el pecado y los excesos, sino que introducen tambien allí reflexiones sobre el gobierno, sobre su origen, sobre su objeto, propias á hacer al pueblo descontentadizo, disputador, y á destruir los cimientos de la sociedad civil; y yo diré, con el

beneplácito de vuestra magestad, que no parece prudente permitir á esas bocas impuras ridiculizar la gravedad de los hombres pios, blasfemar del cielo, calumniar á los que gobiernan la tierra, y desafiar las leyes divinas y humanas.

— Si pudiésemos creer que lo hiciesen, milord, pronto reprimiríamos semejante licencia. Pero no es justo prohibir el uso de una cosa, porque puede abusarse de ella. Y en cuanto á Shakespeare, pensamos que se encuentran en sus comedias y tragedias cosas que valen veinte veces mas que un combate del oso, y que lo que él llama sus crónicas (1) puede dar una diversion honesta y una instruccion útil, no solamente á nuestros súbditos, sino á las generaciones venideras.

— El reinado de vuestra magestad no necesitará, dijo Leicester, de tales apoyos para pasar á la posteridad; y sin embargo Shakespeare ha tocado á su modo diversos incidentes del gobierno de vuestra magestad, de un modo capaz de contrabalancear cuanto acaba de decir su reverencia el decano de San Asaph.

(1) Así llamaba Shakespeare los dramas cuyos asuntos sacaba de la historia de Inglaterra.

(Nota del Traductor.)

Hay por ejemplo ciertos versos..... quisiera que mi sobrino Felipe Sidney estuviese aquí, pues no se le caen de la boca. Es una especie de cuento, en que se trata de amor, de flechas, de.... pero por buenos que sean los versos, estan léjos de aproximarse al mérito del asunto á que hacen alusion. Creo que Sidney los recita aun cuando está durmiendo.

— Nos hace vm. sufrir el suplicio de Tántalo, milord. Sabemos que Felipe Sidney es un favorito de las Musas, y lo celebramos mucho. Jamas brilla tanto el valor en un sugeto, como cuando se halla unido al gusto y al amor á las letras. Pero no dejará de encontrarse alguno entre nuestros jóvenes cortesanos, cuya memoria retendrá lo que los negocios mas importantes han borrado de la de vm. Señor Tresilian, vm. que tiene fama de ser un adorador de Minerva, ¿se acuerda vm. de esos versos?

Estaba el corazon de Tresilian harto abrumado de tristeza, su perspectiva en la vida se hallaba oscurecida de un modo demasiado cruel, para que quisiese aprovecharse de la ocasion que se le ofrecia de fijar en él la atencion de la reina; pero resolvió ceder esta ventaja á un amigo jóven y ambicioso. Escusandose con su corta retentiva, añadió creer que Walter Raleigh sabia de memoria los

versos que acababa de citar el conde de Leicester.

De orden de la reina, se levantó Raleigh, y declamó con igual gusto que gracia la célebre vision de Oberon, de un modo capaz de hacer resaltar su delicadeza añadiendole nuevos atractivos.

Tú no le pudiste ver,
 Pero yo ví al niño Amor,
 Que volaba en derredor
 Ostentando su poder.
 Y sacando de su aljaba
 El rapazuelo cruel
 Una flecha muy fiel,
 A lanzarla se aprestaba.
 Partió la flecha, y Cupido
 Fiado en su puntería
 No dudó que acertaría
 Al objeto apetecido;
 Al corazon escelente
 De una criatura hermosa,
 Que tierna, justa y piadosa
 Reinaba en el Occidente.
 Mas su intento no logró;
 Para hacer su fuerza vana,
 De la hermosa y casta Diana
 Un rayo solo bastó.
 La vestal á la sazón,
 El rostro todo enpendido,
 Burlandose de Cupido,
 Conservó su corazon.

La voz de Raleigh, al recitar estos versos, temblaba algun tanto, como si dudase que pudiesen agradar á la soberana á quien se dirigian. Si era afectada esta inquietud, era una buena política; si era verdadera, estaba por demas. Probablemente los versos no cogian de nuevo á la reina, porque nunca tarda una lisonja en llegar á los oidos del soberano á quien va dirigida; pero no por eso dejaron de ser muy bien recibidos al pasar por la boca de Raleigh. Prendada igualmente del modo con que fuéron declamados, y de las facciones graciosas y animadas del que los recitaba, Isabel, fijos sus ojos en Walter, señalaba con la mano el reposo, cadencia y medida de cada verso, como si se hubiera tratado de llevar el compas de un trozo de música. Cuando cesó él de hablar, repitió ella como distraida los dos versos últimos:

Burlandose de Cupido,
 Conservó su corazon.

Y al mismo tiempo se le deslizó de la mano el memorial del guardian de los osos reales, y el Támesis acogiendole favorablemente tomó á su cargo llevarle á Sheerness, y quizá hasta al vasto Océano.

El triunfo que acababa de obtener el jóven cortesano picó de emulacion á Rochester,

como sucederia con un caballo viejo que redoblaría sus esfuerzos al ver que un potro se le adelantaba en la carrera. Hizo recaer la conversacion sobre los juegos, los banquetes, las fiestas, y sobre el carácter de los que toman parte en ellos. Añadió finas observaciones á una ligera crítica, guardando el medio justo que evita igualmente lo insípido del elogio y lo mordaz de la sátira. Imitó con suma naturalidad el tono de la afectacion y de la tosquedad; y el que le era natural se mostró con eso despues mucho mas gracioso: Los países estrangeros, sus costumbres, sus usos, la etiqueta de las diversas cortes, las modas, los adornos de las damas, le sirviéron de testo sucesivamente, y rara vez pasaba de un asunto á otro sin encontrar medio de hacer algun elogio delicado al paso de la reina vírgen, de su corte y de su gobierno. Tal fué la conversacion de lo restante del paseo, amenizada por la jovialidad de los jóvenes cortesanos, que adornáron las observaciones de algunos sabios sobre los autores antiguos y modernos, y enriqueciéron las máximas de profunda política y de sana moral de los hombres de estado que hacian resonar el language de la sabiduría en medio de los discursos frívolos de la galantería que debia reinar en una corte presidida por una muger.

Al volver á palacio, aceptó Isabel, ó por mejor decir escogió el brazo de Leicester, para ir desde la grande escalera que daba al Támesis hasta la puerta de palacio. Creyó él notar, aunque tal vez era esta solamente una ilusion lisonjera de su imaginacion, que durante este corto tránsito se apoyó la reina sobre él mas de lo que necesitaba. Por cierto que las acciones y los discursos de Isabel se habian puesto de acuerdo aquella mañana para indicarle que habia llegado á un grado de favor superior al que habia logrado hasta entónces. Es verdad que la reina dirigió muchas veces la palabra con bondad á su rival; pero lo que ella le decia no tanto parecia inspirado por su corazon, como arrancado por el mérito que no podia menos de reconocer en él. En fin, todo lo que ella le dijo de mas lisonjero fué contrabalanceado en la opinion de los cortesanos mas finos con una palabra que habia dicho al oido á lady Derby, que la enfermedad era mejor alquimista de lo que ella suponía, pues habia cambiado en oro la nariz de cobre de Sussex.

Esta chufleta se divulgó, y el conde de Leicester, gozando de su triunfo como hombre cuyo primero, único móvil de todas sus acciones habia sido asegurarse del favor de su soberana, se olvidó por un momento de

los peligros de su situación. Aunque parezca muy extraño, pensaba entonces menos en los peligros á que le esponía su casamiento secreto, que en las pruebas de bondad que Isabel daba de cuando en cuando al jóven Raleigh. Eran pasajeras, momentáneas, pero recaian sobre un jóven que hubiera podido servir de modelo á un escultor, que habia recibido excelente educación, y reunia el valor á las gracias y la galantería.

Los cortesanos que habian acompañado á la reina fuéron convidados á un espléndido banquete. Verdad es que el festin no fué honrado con la presencia de la soberana: Isabel pensaba que su modestia y su dignidad no le permitian tomar parte en él, y acostumbraba en tales casos comer frugalmente en particular con una ó dos de sus favoritas. Despues de comer, toda la corte se volvió á reunir en los soberbios jardines del palacio, y al pasearse allí preguntó la reina repentinamente á una dama que se hallaba á su lado, adonde habia ido el jóven caballero de la capa.

Lady Paget respondió que habia visto al señor Raleigh, pocos minutos ántes, en pie delante de la ventana de un pabellon que caia al Támesis, y escribiendo en una vidriera con la punta del diamante de una sortija.

— Yo se la he dado, dijo la reina, en pago de la capa que ha echado á perder por mi causa. Vamos ácia ese lado, lady Paget; deseo saber que es lo que ha escrito. Empiezo ya á conocerle: tiene un ingenio sumamente sutil.

Se fuéron al pabellon. El jóven se hallaba aun allí algo distante, como el cazador que cuida de las redes que ha tendido en un prado para coger los pajarillos. La reina se acercó á la ventana, y examinó la vidriera en que Raleigh, sirviendose del regalo que habia recibido de ella, habia escrito el verso siguiente:

Yo quisiera subir; ¿podré lograrlo?

La reina se sonrió, y le leyó dos veces, la primera en voz alta á lady Paget, y la segunda en voz baja y entre dientes. — Empieza bien, dijo despues de un minuto ó dos de reflexión; pero parece que la musa ha abandonado al jóven ingenio al principio de su carrera. Seria un acto de misericordia concluir el dístico: ¿no le parece á vm., lady Paget? Veamos si es vm. poetisa.

Lady Paget, tan dedicada á la prosa desde su cuna, como ha podido serlo cualquiera otra dama de honor de una reina, confesó su absoluta imposibilidad de ayudar al poeta en su apuro, por no saber componer versos.

— Segun eso sera preciso, dijo Isabel,

que eche yo mi cuarto á espadas, y haga un sacrificio pequeño á las nueve hermanas.

— Ningun incienso les puede ser mas grato, dijo lady Paget, y será hacer demasiado honor á las divinidades del Parnaso el...

— ¡Ya, ya, Paget! dijo la reina, vm. comete un sacrilegio contra las nueve inmortales. Siendo ellas vírgenes, debieran ser favorables á una reina virgen, y por eso.... pero volvamos á leer su verso:

Yo quisiera subir, ¿podré lograrlo?

¿No pudiera respondersele así por el pronto?

Si temes no poder, puedes dejarlo.

La dama de honor exclamó llena de alegría y sorpresa, oyendo una caída tan feliz, y por cierto que han sido aplaudidas otras peores en autores de un rango menos distinguido.

Animada con el voto de lady Paget, cogió la reina una sortija de diamantes, y diciendo: — « Nuestro jóven poeta va á quedar sorprendido cuando encuentre acabado su dístico por un poeta intruso; » escribió el segundo verso debajo del primero.

La reina salió del pabellon; pero al retirarse muy despacio, volvió atrás la cabeza varias veces, y vió al jóven Walter que corria

como un corzo ácia el sitio que acababa ella de dejar. — Ya prendió fuego la pólvora, dijo entónces, es cuanto queria yo ver. Y riendose de este incidente con lady Paget, volvió á palacio, encargandola que no dijese á nadie nada de la escena que acababa de presenciar. La dama de honor le prometió un secreto inviolable; pero debe suponerse que hizo una reserva mental en favor de Leicester, á quien contó al punto una anécdota que no podia agradarle mucho.

Al mismo tiempo Raleigh, habiendose acercado á la ventana, leyó con un entusiasmo imponderable el estímulo que la reina misma acababa de dar á su ambicion; y loco de contento, lleno de esperanza, fué á reunirse con el conde de Sussex, que iba á embarcarse con su comitiva.

El respeto debido á la persona del conde impidió que recayese la conversacion sobre la acogida que habia logrado en la corte ántes que llegasen á Say's-Court; y Sussex entónces, incomodado por su enfermedad y por las fatigas de aquel día, se retiró á su cuarto, y envió á llamar á Wayland, que le habia servido con tan buen éxito de médico y enfermero; pero Wayland no parecia en parte ninguna, y miéntras le buscaban algunos oficiales del conde por todas partes con la im-

paciencia que caracteriza á los militares, y maldiciendo su ausencia, los otros rodearon á Raleigh, y le daban la enhorabuena de la perspectiva brillante que presentaba su situación.

Tuvo sin embargo bastante discrecion y discernimiento para no hablar de la circunstancia decisiva del verso que Isabel se habia dignado parear con el suyo; pero habian transpirado otras circunstancias que anunciaban claramente que habia hecho algunos progresos en el favor de la reina. Todos se apresuraron á manifestar su satisfaccion al ver el favorable aspecto que presentaba su fortuna, los unos por un interes verdadero, los otros esperando que sus ascensos podrian acelerar los de ellos, la mayor parte por uno y otro motivo, y todos porque un favor concedido á un oficial de la casa del conde de Sussex era para su partido un triunfo. Raleigh les dió gracias á todos del afecto que le manifestaban, añadiendo con la modestia que convenia, que la buena acogida de un dia no bastaba para hacer un favorito, porque una golondrina no hace verano. Pero notó que Blount nada le decia, y estrañandolo mucho, le preguntó con franqueza la razon.

— Mi amigo Walter, le respondió Blount con igual franqueza, yo te aprecio tanto como

cualquiera de esos charlatanes que se apresuran á darte tantas enhorabuenas, porque el sol quiere parecer alumbrarte; pero me temo, Walter, que todo eso podrá parar en mal. Y pasó la mano por sus ojos. Se ven en la corte muchas jugarretas de toda especie. El deseo de agradar á una muger hermosa suele causar mas pérdidas que ganancias, y las amistades peligrosas han llevado á muchos al patíbulo.

En diciendo esto, salió del cuarto, mientras le seguia con la vista Raleigh, mostrando en su fisonomía que hacia sumo aprecio de tan útiles avisos.

Stanley entró entónces, y dijo á Tresilian: — Milord desea ver á Wayland que acaba de llegar; pero no quiere ver al conde sin haber hablado ántes con vm. Está como espantado; ¿quiere vm. verle al momento?

Salió al punto Tresilian, y habiendo entrado con Wayland en otro cuarto, se sorprendió al verle tan desfigurado.

— ¿Que tiene vm.? le preguntó: ¿ha visto vm. al diablo?

— ¡Peor, señor mío, y cien veces peor! He visto un basilisco. Gracias á Dios, le he visto el primero, y habiendole visto sin que él me viese, no me hará tanto mal.

— Por amor de Dios, espíquese vm., pues no comprendo una palabra.

— He visto á mi antiguo amo y maestro. Cierta sugeto me ha llevado á ver el relox de palacio, pensando que tendria gusto en examinar aquella máquina, y en una de las ventanas inmediatas he reconocido á mi insigne doctor.

— Pero ¿está vm. seguro de no haberse equivocado?

— ¡ Haberme equivocado! no por cierto. El que le ha conocido una vez le reconocerá entre quince mil, si le vuelve á ver. Estaba vestido de una manera estraña, pero no puede disfrazarse á mis ojos tan bien como, á Dios gracias, puedo yo disfrazarme á los suyos. Sin embargo no quiero esponerme á un riesgo semejante. Tarleton el cómico no podria disfrazarse tan bien que pudiese estar seguro de que el tal Doboobie no le reconociese tarde ó temprano. Me voy mañana por la mañana. Nos separamos de tal modo, que bastaria para darme la muerte el respirar el mismo aire que él respira.

— Pero el conde de Sussex....

— No corre peligro ninguno, con tal que continúe tomando, durante cierto tiempo, todas las mañanas en ayunas, un poco de or-

vietan del tamaño de una haba. Pero ¡ cuidado con las recaídas!

— ¿Y como podrá librarse de ellas?

— Con las mismas precauciones que seria preciso tomar contra el diablo en persona. Que solo coma lo que únicamente haya pasado por las manos de su propio cocinero, y que nada compre este sino á las personas conocidas y seguras. Que el que haya de servir la mesa y el cocinero gusten todos los platos de antemano. Que no haga uso el conde de perfumes, ni de ungüentos, ni de pomadas; que no coma ni beba con ningun estraño. Sobre todo que redoble sus precauciones, si va á Kenilworth. Que se sirva del pretexto de su enfermedad y de las recetas de los médicos, para escusarse acerca de la rigidez de su régimen y conducta.

— ¿Y que piensa vm. hacer, Wayland?

— No lo sé: irme á alguna otra provincia de Inglaterra, ó embarcarme para Francia, España, las Indias.... Todo lo que se quiera, con tal que me vea léjos del tal Doboobie, de Demetrio, de ese miserable en fin, llamese como se llamase en el día.

— Pues bien, en eso no hay nada perdido: tengo que dar á vm. una comision para el condado de Berk, pero en otro distrito en que no es vm. conocido; y ántes que tuviese

vm. esa razon para querer irse, habia yo formado el proyecto de enviarle á vm. con dicha comision y con todo secreto.

— Wayland le dijo que estaba pronto á recibir sus órdenes, y Tresilian sabiendo que estaba en parte informado de los motivos que le habian llevado á la corte, acabó de decirle todo lo que necesitaba saber, le habló del convenio que habia hecho con el posadero Gil Gosling, y de lo que Varney habia dicho en la audiencia y habia sido confirmado por Leicester.

— Ya vé vm., añadió, que en las circunstancias en que me encuentro es importante observar muy de cerca todos los pasos de estos hombres inmorales, Varney y sus cómplices Foster y Lambourne, y aun los del conde de Leicester, que sospecho que son mas bien engañadores que engañados en este asunto. He aquí un anillo que entregará vm. á Gil Gosling como prueba de que va vm. de mi parte, y una cantidad de oro que será triplicada, si me sirve vm. fielmente. Asi pues vaya vm. á Cumno á saber que es lo que allí sucede.

— Lo haré con muchísimo gusto, respondió Wayland; lo primero, por servir á vuestra merced que ha tenido tanta bondad para conmigo, y lo segundo por alejarme de mi antiguo

maestro y amo que, si no es precisamente un diablo en carne humana, reúne todas las calidades diabólicas que deshonran la humanidad. Y sin embargo que se guarde de mí; procuro huir de él, pero si alguna vez me persiguiese, le embestiré como si fuera un toro salvaje de Escocia. Voy á salir al punto, luego que esté pronto mi caballo. Voy á entregar á milord orvietan dividido en dósis convenientes, á darle algunos avisos; y despues su seguridad dependerá del cuidado que empleen sus amigos y criados. Nada tiene por ahora que temer; pero que se guarde en lo sucesivo.

Dejando á Tresilian, Wayland fué á hacer su última visita al conde de Sussex, le dió instrucciones sobre el régimen que debia seguir y las precauciones que debia tomar; y partió de Say's-Court, sin aguardar á la mañana siguiente.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

